

RESPUESTA DE FRANCISCO Á CÉSAR BIROTTEAU

«Tours, 17 del corriente.

»Mi muy amado hermano:

»Tu carta me ha causado la aflicción más viva; así, después de haberla leído, he ido á ofrecer á Dios por ti el santo sacrificio de la misa, rogándole, por la sangre que su Hijo, nuestro divino Redentor, ha derramado por nosotros, que fije en ti una misericordiosa mirada. En el momento en que pronuncié mi oración *Pro meo fratre Casare*, lloré pensando en ti, de quien estoy, por desgracia, separado durante los días en que debes necesitar los socorros de la amistad fraternal; pero he pensado que sin duda me reemplazará el digno y venerable señor Pillerault. Mi querido César, en medio de tus penas, no olvides que esta es una vida transitoria y de pruebas, y que algún día seremos recompensados si sabemos sufrir por el santo nombre de Dios y por su santa Iglesia, y si observamos las máximas del Evangelio y practicamos la virtud; de otro modo, las cosas de este mundo no tendrían sentido. Te repito estas máximas porque sé cuán piadoso y bueno eres, y no ignoro que ocurre á veces que las personas que, como tú, recorren el peligroso camino de los intereses humanos, se permiten blasfemar en medio de sus adversidades, cegados por su dolor. No maldigas á los hombres que te hieran ni al Dios que llena de amargura tu vida. No mires á la tierra, al contrario, levanta siempre los ojos al cielo, que allí está el consuelo de los débiles, allí está la riqueza de los pobres, allí están los terrores del rico...»

—Pero hombre, mira ante todo si te envía algo—le dijo su mujer.

—¡Oh! la repasaremos con frecuencia—repuso el comerciante enjugándose las lágrimas y entreabriendo la carta, de donde cayó una letra contra el Tesoro real.—Pobre hermano mío, estaba seguro de él—añadió Birotteau cogiendo la letra.

Y después continuó leyendo con voz entrecortada por las lágrimas:

«... He ido á casa de la señora de Listomere, y sin exponerle el motivo de mi petición, le he rogado que me prestase todo lo más que pudiera á fin de aumentar el fruto de mis economías. Su generosidad me ha permitido completar una suma de mil francos, que te envío en una letra contra el Tesoro...»

—¡Vaya un anticipo!—dijo Constanza mirando á Cesarina.

«... Privándome de algunas superfluidades de mi vida, en tres años podré devolver á la señora de Listomere los cuatrocientos francos que me ha prestado. Así es que no te inquietes, mi querido César. Te envío todo lo que poseo en el mundo, deseando que esa suma pueda ayudarte á salir de tus apuros comerciales, que sin duda han de ser momentáneos. Conozco tu delicadeza, y voy á anticiparme á tus objeciones. No pienses en darme ningún interés por esa suma ni en devolvérmela el día de la prosperidad, que no tardará en nacer para ti, si Dios se digna escuchar las súplicas que le dirigiré cotidianamente.

»A juzgar por la última tuya que recibí hace dos años, te creía rico, y pensé que podía disponer de mis economías en favor de los pobres; pero ahora todo lo que tengo te pertenece. Cuando hayas vencido ese ligero escollo de tu vida, guarda esa suma para Cesarina, á fin de que, al casarse, pueda emplearla en alguna bagatela que le recuerde á un anciano tío cuyas manos se levantarán siempre al cielo para pedir á Dios que derrame todas sus bendiciones sobre ella y sobre todos los seres que le sean queridos. En fin, mi amado César, no olvides que soy un pobre sacerdote que se conforma con la gracia de Dios, como las calandrias de los campos, y que necesita poca cosa, porque sigue el sendero de su vida sin ruido, procurando obedecer los mandatos de Nuestro Señor. Piensa siempre en mí, considerándome como

persona que te quiere. Nuestro excelente amigo el abate Chapeloud, al que no he manifestado tu situación, pero que sabe que te escribo, me encarga que te transmita su deseo de que continúes en la prosperidad y sus afectuosos recuerdos para ti y toda tu familia. Adiós, mi muy amado hermano, y sabe que hago votos á Dios porque, en la circunstancia en que os halláis, os conceda la gracia de conservaros la salud á ti, á tu mujer y á tu hija, deseándoos á todos paciencia y valor en las adversidades.

»FRANCISCO BIROTTEAU.

»Vicario de la iglesia catedral y parroquial de Saint-Gatién, de Tours.

—¡Mil francos!—dijo la señora Birotteau furiosa.
—Bésalos—dijo gravemente César,—porque no tiene otra cosa. Además, no olvides que son de nuestra hija, y que nos servirán para poder vivir sin tener que pedir nada á nuestros acreedores.

—Creerán que les has sustraído importantes sumas.

—Les enseñaré la carta.

—Dirán que es una farsa.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—gritó Birotteau aterrado.—
¡Cuántas veces he pensado yo eso de pobres gentes que sin duda estaban en la situación en que yo me hallo!

Demasiado inquietas por el estado en que se encontraba César, la madre y la hija permanecieron á su lado trabajando en profundo silencio. Á las dos de la madrugada, Popinot abrió muy despacio la puerta del salón é hizo seña á Constanza de que bajase. Al ver á su sobrina, Pillerault se quitó las antiparras y le dijo:

—Hija mía, aun hay esperanzas, no está perdido todo; pero tu marido no resistiría las alternativas de las negociaciones que hay que hacer y que Anselmo y yo vamos á intentar. No salgas del almacén mañana y toma la dirección de todas las letras, porque tendremos tiempo hasta las cuatro. He aquí mi opinión. Ni el señor Ragón ni yo somos de temer. Suponed ahora que los cien mil francos depositados en casa de Roguín hubieran sido entregados á los adquiridores, y en este caso no obrarían en vuestro poder como no

obran hoy. Os encontraréis, pues, con una obligación de ciento cuarenta mil francos suscritos á la orden de Claparón, los cuales habría que pagar de todos modos. No es, por tanto, la bancarrota de Roguín lo que os arruina. Para hacer frente á vuestras obligaciones, yo veo cuarenta mil francos que habéis de tomar tarde ó temprano á préstamo sobre vuestras fábricas, y sesenta mil francos de efectos Popinot. Se puede, pues, luchar, porque después podéis pedir prestado sobre los terrenos de la Magdalena. Si vuestro principal acreedor consiente en ayudaros, yo sacrificaré mi fortuna, venderé lo que tengo y me quedaré sin pan. Popinot estará entre la vida y la muerte, y vosotros estaréis á merced del menor accidente comercial. Popinot y yo acabamos de consultarnos y os sostendremos en esta lucha. ¡Ah! ¡con cuánto gusto comeré pan seco si veo despuntar el éxito en el horizonte! Pero todo depende de Gigonnet y de los asociados de Claparón. Popinot y yo iremos á casa de Gigonnet de siete á ocho y sabremos á qué atenernos respecto á sus intenciones.

Constanza se arrojó en brazos de su tío llorando amargamente y sollozando. Ni Popinot ni Pillerault podían saber que el Bidault llamado Gigonnet y Claparón servían de pantalla á de Tillet, el cual deseaba leer en el *Boletín* este terrible artículo:

«La sentencia del tribunal del comercio que declara en quiebra á don César Birotteau, perfumista, habitante en la calle de San Honorato, número 397, fija provisionalmente la apertura para el 16 de enero de 1819.—Juez comisario, Gobenheim-Keller.—Agente, Molineux.»

Anselmo y Pillerault estudiaron los negocios de César. A las ocho de la mañana estos dos heroicos amigos, que no debían conocer nunca más que por procuración las terribles angustias de los que habían subido las escaleras de la casa de Bidault, llamado Gigonnet, se encaminaron sin decirse palabra hacia la calle de Grenetat. Ambos sufrían y Pillerault tuvo que pasarse varias veces la mano por la frente.

La calle de Grenetat es una calle en la que todas las casas, plagadas de comercios, ofrecen un aspecto repulsivo, repugnante. Sus construcciones tienen un carácter horrible y domina en ella la innoble suciedad de las fábricas. El anciano Gigonnet habitaba el tercer piso de una casa con ventanas provistas de sucios cristales. La escalera llegaba hasta la calle, y la portera se albergaba en el entresuelo, en una especie de jaula que no recibía más luz que la de la escalera. Excepto Gigonnet, todos los inquilinos ejercían oficio. Entraban, pues, y salían obreros en aquella casa cuyos peldaños estaban revestidos de una capa de barro blanda ó dura, según el tiempo, producto de mil inmundicias. En aquella fétida escalera, en cada descansillo se veían los nombres de cada fabricante escritos con letras doradas sobre una tela pintada de rojo. La mayor parte del tiempo, las puertas abiertas dejaban ver la extraña unión del hogar y de la fábrica, saliendo de ellas gritos y gruñidos inauditos, y cantos y silbidos que recordaban la hora de las cuatro de la tarde de los animales del Jardín de Plantas. En el primer piso, que es un tugurio infecto, se hacían los tirantes más hermosos del artículo *Paris*. En el segundo, en medio de los más sucios escombros, se confeccionaban los cartones más elegantes que adornan el día de año nuevo los puestos de los bulevares y del Palacio Real. Dueño de un millón ochocientos mil francos, Gigonnet murió en el tercer piso de aquella casa, sin que ninguna consideración le moviese á salir de ella, no obstante la oferta de la señora Saillard, su sobrina, que le daba una habitación en un palacio de la Plaza Real.

—Valor—dijo Pillerault tirando del cordón de la campanilla que pendía de la limpia puerta de color gris de la habitación de Gigonnet.

Gigonnet salió á abrir la puerta en persona. Los dos padrinos del perfumista atravesaron un primer cuarto correcto y frío sin cortinas en las ventanas. Los tres se sentaron en el segundo, donde se hallaba el usurero ante un hogar lleno de cenizas, en medio de las cuales la leña se defendía de la voracidad del fuego. Popinot sintió el alma helada al ver la rigidez monástica de aquel despacho aireado como una

bodega y miró con aire alelado el papel azul salpicado de flores tricolores que estaba pegado á las paredes hacía veinticinco años, fijando después sus tristes miradas en la chimenea provista de un reloj en forma de lira y de hermosos vasos de Sevres ricamente montados sobre cobre dorado. Este resto, recogido por Gigonnet en el naufragio de Versailles, donde el irritado populacho lo deshizo é inutilizó todo, provenía del gabinete de la reina. Pero aquellos vasos preciosos iban acompañados de dos candeleros de miserable hierro batido que recordaban, por el contraste, la circunstancia á que eran debidos.

—Ya sé que no viene por usted, sino por el gran Birotteau—dijo Gigonnet.—Bueno, ¿qué hay, amigos míos?

—Como no hemos de comunicarle nada nuevo, seremos breves—dijo Pillerault.—¿Tiene usted efectos á la orden de Claparón?

—Sí.

—¿Quiere usted cambiar los cincuenta mil francos primeros por efectos del señor Popinot, que está aquí presente? pagando un descuento, ya se sabe.

Gigonnet se quitó aquel terrible gorro verde que parecía haber nacido con él, mostró su amarillento cráneo desprovisto de cabellos, hizo una mueca volteriana y dijo:

—¿Quieren ustedes pagarme en aceite para los cabellos? ¿de qué me servirá?

—Cuando usted bromea, no hay más remedio que huir—dijo Pillerault.

—Habla usted como un sabio que es—le dijo Gigonnet con halagüeña sonrisa.

—¿Y si yo garantizase los efectos del señor Popinot?—dijo Pillerault haciendo un último esfuerzo.

—Usted es oro en barras, señor Pillerault—dijo Gigonnet;—pero yo no necesito oro, y sí únicamente mi dinero.

Pillerault y Popinot saludaron y salieron, y al llegar á la calle, Popinot, cuyas piernas temblaban, dijo:

—¿Y es ese un hombre?

—Como tal le consideran al menos—dijo el anciano.—Acuérdate siempre de esta corta escena, Anselmo. Acabas

de ver la banca sin la máscara de sus formas agradables. Los acontecimientos imprevistos son la tuerca de la prensa; nosotros somos los racimos, y los banqueros son los toneles. El negocio de los terrenos es indudablemente bueno. Gigonnet ó algún otro desean estrangular á César para apoderarse de su parte. Todo está visto, no hay remedio posible. He aquí lo que es la banca, no recurras nunca á ella.

Después de aquella espantosa mañana en que la señora Birotteau tomó por primera vez las direcciones de los que iban á buscar su dinero y despidió al cobrador del Banco sin pagarle, aquella valerosa mujer, satisfecha de haberle ahorrado estos dolores á su marido, vió llegar á las once á Anselmo y á Pillerault, á quienes esperaba con la mayor ansiedad, y leyó en sus caras la sentencia. La presentación del balance era inevitable.

—Se va á morir de dolor—dijo la pobre mujer.

—Yo se lo deseo—dijo gravemente Pillerault. En las actuales circunstancias, el único que puede salvarle á él, que es tan religioso, es el abate Loraux.

Pillerault, Popinot y Constanza esperaron á que el dependiente hubiese ido á buscar al abate Loraux para presentar á César el balance que Celestino preparaba para la firma. Á las cuatro llegó el buen sacerdote, púsole Constanza al corriente de la desgracia que les hería, y el cura subió como el soldado que se encamina á la brecha.

—Ya sé por qué viene usted—exclamó Birotteau.

—Hijo mío—dijo el sacerdote,—hace tiempo que conozco sus sentimientos de resignación ante la voluntad divina; pero se trata de aplicarlos. Tenga fijos sus ojos en la cruz, y no cese de mirarla pensando en las humillaciones que sufrió en ella el Salvador de los hombres. Medite acerca de las angustias de su pasión, y así podrá soportar mejor las mortificaciones que Dios le envía.

—Mi hermano el cura me había preparado ya—dijo César tendiendo á su confesor la carta que él había vuelto á leer varias veces.

—Tiene usted un buen hermano, una esposa amable y virtuosa, una hija buena y obediente, amigos verdaderos

como su tío y Anselmo y acreedores indulgentes como los Ragón—dijo el abate Loraux.—Todos estos buenos corazones derramarán incesantemente bálsamo sobre sus heridas y le ayudarán á soportar la cruz. Prométame usted tener la firmeza del mártir para afrontar la desgracia sin desfallecer.

El cura tosió para prevenir á Pillerault, que estaba en el salón.

—Mi resignación no tiene límites—dijo César con calma.—La hora de la deshonra ha llegado y sólo debo pensar en la reparación.

La voz y la actitud del perfumista sorprendieron á Cesarina y al sacerdote. Sin embargo, nada era más natural. Todos los hombres soportan mejor una desgracia conocida y definida que las crueles alternativas de una suerte que de un instante á otro lleva á un ser de la excesiva alegría al excesivo dolor.

—He soñado durante veintidós años, y ahora despierto con mi hatillo al hombro—dijo César recordando sus tiempos de aldeano turenés.

Al oír estas palabras, Pillerault estrechó á su sobrino entre sus brazos. César vió á su mujer, á Anselmo y á Celestino. Los papeles que llevaba el primer dependiente eran muy significativos y el perfumista contempló tranquilamente aquel grupo cuyas miradas eran tristes, pero amigas.

—Un momento—dijo quitándose la condecoración y entregándosela al abate Loraux.—Ya me la devolverá usted cuando pueda llevarla sin rubor. Celestino—dijo á su dependiente,—redacte usted mi dimisión de teniente alcalde. El señor cura le dictará la carta, y usted la pondrá con fecha 14 y me hará el favor de enviársela por Roguet al señor de La Billardiere.

Celestino y el cura bajaron. Durante un cuarto de hora reinó un profundo silencio en la habitación de César, cuya firmeza sorprendió á su familia. Celestino y el cura volvieron á poco y César firmó su dimisión. Cuando el tío Pillerault le presentó el balance, el pobre hombre no pudo reprimir un ligero movimiento nervioso.

—¡Dios mío, tened piedad de mí!—dijo firmando el terrible documento y tendiéndoselo á Celestino.

—Señor, señora—dijo entonces Anselmo Popinot,—háganme el honor de concederme la mano de la señorita Cesarina.

Al oír estas palabras, todos los asistentes derramaron lágrimas, excepto César, el cual se levantó, tomó la mano de Anselmo y le dijo con voz conmovida:

—Hijo mío, nunca consentiré que te cases con la hija de un quebrado.

Entonces Anselmo miró á Birotteau y le dijo:

—Señor, ¿se compromete usted en presencia de toda su familia á consentir nuestro matrimonio, si la señorita no opone obstáculos, el día en que quede usted rehabilitado?

Hubo un momento de silencio, durante el cual todo el mundo se mostró admirado de las sensaciones que denotó el agobiado rostro del perfumista.

—Sí—dijo éste al fin.

Anselmo hizo un indescriptible gesto para tomar la mano de Cesarina y besársela con entusiasmo.

—¿Consiente usted también?—le preguntó á Cesarina.

—Sí—dijo ella.

—Entonces ya soy de la familia y tengo derecho á ocuparme de sus asuntos—exclamó Popinot con entusiasmo.

Anselmo salió precipitadamente para no dejar ver una alegría que contrastaba demasiado con el dolor de su amor. No es que celebrase precisamente la quiebra, pero ¡es el amor tan absoluto, tan egoísta! La misma Cesarina sentía una emoción que contrastaba con su amarga tristeza.

—Ya que hemos empezado, acabemos—dijo Pillerault al oído de Constanza.

La señora Birotteau hizo un signo de dolor, más bien que de asentimiento.

—Sobrino mío—dijo Pillerault dirigiéndose á César,—¿qué piensas hacer?

—Continuar el comercio.

—No soy de la misma opinión—dijo Pillerault.—Liquida, distribuye el activo entre tus acreedores y no vuelvas á apa-

recer más en la plaza de París. Yo me he supuesto muchas veces en una posición análoga á la tuya... (¡Ah! hay que preverlo todo en el comercio. El negociante que no piensa en la quiebra es como el general que contase no ser derrotado nunca; sólo es negociante á medias). Yo nunca hubiera continuado. ¡Cómo! ¿tener que inclinar siempre la cerviz ante los hombres á quienes perjudiqué y recibir sus desconfiadas miradas y sus tácitos reproches? Concibo la guillotina... porque en un instante se acaba. Pero tener una cabeza que renace y sentir que se la cortan á uno todos los días, ha de ser insostenible. Muchas gentes continúan los negocios como si nada les hubiese ocurrido. Mejor para ellos, veo que son más fuertes que Claudio José Pillerault. Si trabaja uno al contado, lo cual es casi forzoso, dicen que ha sabido arbitrase recursos, y si no tiene uno un céntimo, nunca levanta cabeza. Buenas tardes. Abandona el activo, permite que vendan tus existencias y haz otra cosa.

—¿Qué?—dijo César.

—Busca una colocación—dijo Pillerault.—¿No tienes protectores? Los duques de Lenoncourt, la señora de Mortsauf, el señor de Vandenesse. Escríbeles, véles, y acaso te coloquen en palacio con mil escudos de sueldo, tu mujer hará otro tanto y tal vez tu hija haga lo propio. La situación no es desesperada. Entre los tres podréis reunir cerca de diez mil francos anuales, y en diez años puedes pagar cien mil francos, pues no necesitas echar mano de nada de lo que ganes. Tu mujer y tu hija tendrán mil quinientos francos en mi casa para sus gastos, y respecto á ti, ya veremos.

Aunque no lo hizo César, Constanza reflexionó acerca de estas juiciosas palabras. Pillerault se encaminó á la Bolsa, que estaba situada en una sala redonda hecha provisionalmente con maderos en la que se entraba por la calle Feydeau. La quiebra del perfumista, conocida ya, originaba un rumor general entre las gentes de comercio, que eran casi todas constitucionales. Los comerciantes liberales veían en el baile de Birotteau una audaz empresa encaminada á salir áiroso valiéndose de los sentimientos. Los de la oposición creían que era permitido á los realistas amar al rey, pero

entendían que el amor á la patria era privilegio de la izquierda y que el pueblo le pertenecía. El poder había hecho mal en celebrar por medio de sus funcionarios un acontecimiento cuya explotación exclusiva deseaban tener los liberales. La caída de un protegido del palacio, de un ministerial, de un realista incorregible que insultaba á la libertad batiéndose el 13 de Vendimiario contra la gloriosa revolución francesa, excitaba la risa y los aplausos de la Bolsa. Pillerault quería estudiar y conocer la opinión, y encontró en uno de los grupos más animados, á de Tillet á Gobenheim-Keller, á Nucingen, al anciano Guillaume y á su yerno José Lebás, á Claparón, á Gigonnet, á Mongenod, Camusot, á Gobseck, á Adolfo Keller, á Palma, á Chiffreville, á Matifat, á Grindot y á Lourdois.

—¡Qué prudencia se necesita!—dijo Gobenheim á de Tillet. Ha estado en un tris que mis cuñados no concediesen un crédito á Birotteau.

—A mí me pidió diez mil francos hace quince días y yo se los dí con su sola firma—dijo de Tillet;—pero hubo un tiempo en que me hizo algún favor, y se los perdono de buena gana.

—Su sobrino ha hecho como los demás, ha dado fiestas—dijo Lourdois á Pillerault.—Que un bribón quiera deslumbrar á la gente para ganarse su confianza, lo concibo; ¡pero que un hombre que pasaba por la crema de la honradez haya recurrido á esas tretas en que sabemos caer generalmente la gente!

—Como sanguijuelas—dijo Gobseck.

—No confíe usted más que en los que viven en chiribitiles, como Claparón—dijo Gigonnet.

—Hombre—dijo Nucingen á de Tillet,—usted ha *quegido jugagme* una buena enviándome á *Bigotteau*. No se *pog qué* dejó de *enviag á buscag* á mi casa cincuenta mil francos, pues yo se los *hubiega* entregado—añadió volviéndose á Gobenheim el manufacturero.

—¡Oh! no, señor barón—dijo José Lebás,—usted debía saber que el Banco había rechazado mi papel. El asunto de ese pobre hombre, á quien tengo en gran estima, no me parece aún muy claro.

En este momento, Pillerault estrechó la mano á José Lebás.

—En efecto—dijo Mongenod,—es imposible explicar lo que ocurre, á menos de suponer que detrás de Gigonnet se oculten banqueros que deseen reventar el negocio de la Magdalena.

—Les ocurre lo que les ocurrirá siempre á los que se salen de su especialidad—dijo Claparón interrumpiendo á Mongenod.—Si hubiese trabajado él mismo su *Aceite Cefálico* en lugar de venir á encarecernos los terrenos, habría perdido los cien mil francos de Roguín, pero no hubiera quebrado. Ahora creo que va á trabajar con el nombre de Popinot.

—Señores, cuidado con Popinot—dijo Gigonnet.

Según aquella masa de negociantes, Roguín era el *infortunado Roguín*, mientras que Birotteau era el *pobre Birotteau*. El uno tenía excusa en su gran pasión, mientras que el otro parecía más culpable á causa de sus pretensiones. Al dejar la Bolsa, Gigonnet pasó por la calle de Perrin-Gasselín antes de ir á la de Grenetat, y entrando en casa de la señora Madou, tratante en frutas secas, le dijo:

—¡Hola! mamá Madou, ¿cómo va nuestro comercio?

—Vamos tirando—dijo respetuosamente la señora Madou ofreciendo al usurero su único sofá con un afectuoso servilismo que sólo había empleado con su *querido difunto*.

La señora Madou que tumbaba de un empujón á un carretero, que no hubiese temido tomar por asalto á las Tulle-rias el 10 de octubre, que regañaba á sus mejores parroquianos y que era, en fin, capaz de dirigir la palabra al rey, sin temblar, en nombre de las verduleras, Angélica Madou, recibía á Gigonnet con profundo respeto. Sin fuerzas en su presencia, temblaba bajo su áspera mirada. La gente del pueblo temblará aún por espacio de mucho tiempo al verse ante el verdugo, y Gigonnet era el verdugo de las mujeres del mercado. En este lugar ningún poder es más respetado que el del hombre que procura dinero, y las demás instituciones no son nada al lado de él. La justicia misma está representada, á los ojos de las vendedoras, por el comisario, personaje

con el cual se familiarizan; pero la usura parapetada en su pasividad, la usura implorada difunde el miedo en el corazón, seca la garganta, abate el orgullo de la mirada y hace al pueblo respetuoso.

—¿Tiene usted acaso algo que pedirme?

—Nada, una miseria: dispóngase á pagar los efectos de Birotteau, porque el buen hombre ha hecho quiebra, dijo Gigonnet.

Los ojos de la señora Madou se concentraron primero como los de una gata y después vomitaron llamas.

—¡Ah! el bandido, el malvado; ¡y vino él mismo á decirme que era teniente alcalde! ¡Todo está igual en el comercio! No puede una dar fe ni á los alcaldes. El gobierno nos engaña. Espere usted, que ahora voy yo misma á cobrar...

—Amiga mía, en estos negocios cada uno sale del paso como puede—dijo Gigonnet disponiéndose á marcharse.

—Bueno, bueno; ya me las compondré yo. ¡María Juana! dame en seguida mis zuecos y mi cachemira de piel de conejo, si no quieres que te largue una guantada.

—La escena se va á desarrollar en lo alto de la calle—dijo Gigonnet frotándose las manos.—De Tillet estará contento, pues veo que habrá escándalo en el barrio. No sé lo que le ha hecho á él ese pobre perfumista que, en medio de todo, me da mucha lástima porque es débil; casi no es hombre.

A eso de las siete de la tarde, la señora Madou cayó como una bomba á la puerta del pobre Birotteau, abriéndola con excesiva violencia, pues la caminata que había hecho le enfureció aún más.

—Pillastres, sinvergüenzas, necesito mi dinero, quiero mi dinero. Si no se me paga inmediatamente me llevaré mercancías por valor de dos mil francos. ¡Habrás visto nunca alcaldes que roban á sus administrados! Si no me paga usted le envío á galeras, me voy á casa del procurador del rey y hago que la justicia siga su curso. En fin, que no salgo de aquí sin mi dinero.

Y esto diciendo, forcejeaba por romper los cristales de un armario en donde estaban colocadas las mercancías de más valor.

—¡La Madou está que arde!—dijo Celestino en voz baja á su vecino.

La tendera oyó esta frase (pues en los paroxismos de la rabia los oídos tienen una finura especial), y aplicó en el carrillo de Celestino la bofetada más vigorosa que jamás fué dada en un almacén de perfumería, diciéndole al mismo tiempo:

—Ángel mío, aprende á respetar á las mujeres, y no vuelvas á reírte de aquellos á quienes estafan ó roban.

—Señora—dijo Constanza saliendo de la trastienda donde por casualidad se hallaba su marido, al que Pillerault quería llevarse consigo y el cual, en su afán de obedecer las leyes, quería dejarse prender,—señora, en nombre del cielo no llame usted la atención de los transeuntes.

—¡Eh! que entren si quieren—dijo aquella mujer;—yo les explicaré lo ocurrido, que es cosa de reír. Sí, mis mercancías y mi dinero, amontonados con el sudor de mi frente, les sirven á ustedes para dar bailes. Va usted vestida como una reina de Francia con la lana que les quita á pobres corderos como yo. ¡Jesús! á mí me quemaría las manos nada que fuese robado. Yo no voy vestida más que con piel de conejo, pero esta piel es mía. ¡Bandidos! ¡ladrones! mi dinero ó...

É interrumpiendo sus insultantes dicerios, la Madou se precipitó sobre un escaparate lleno de preciosos objetos de tocador.

—Señora, deje usted eso—dijo César presentándose;—nada de lo que hay aquí es mío; todo pertenece á mis acreedores. Sólo poseo mi persona, y, si usted quiere apoderarse de ella y meterme en la cárcel, yo le doy mi palabra de honor de que esperaré aquí á los alguaciles—dijo César llorando.

El tono y el gesto, en armonía con la acción, apaciguaron la cólera de la señora Madou.

—Un notario se ha escapado con mi fortuna, y yo soy inocente de los desastres que causo—repuso César;—pero usted cobrará lo que le debo, aunque para ello tenga que trabajar como un negro.

—Vamos, veo que es usted un hombre honrado—dijo la

Madou.—Señora, perdone usted mis palabras; pero yo voy á tenerme que tirar al río, porque Gigonnet me perseguirá y sólo tengo valores á diez meses para satisfacer sus condenadas letras.

—Venga usted á verme mañana y yo haré que se los descuente al cinco por ciento un amigo mío—dijo Pillerault presentándose.

—¡Cómo! ¡es el honrado Pillerault! ¡Oh! si este señor es tío suyo, ya veo que son ustedes honrados y que no perderé yo nada—dijo á Constanza.—Hasta mañana, anciano Bruto—añadió dirigiéndose al quincallero.

César quiso permanecer á toda costa en medio de sus ruinas, diciendo que de aquel modo se explicaría con todos sus acreedores. A pesar de las súplicas de su sobrina, Pillerault aprobó la conducta de César y le hizo subir á sus habitaciones. El astuto anciano corrió á casa del señor Haudry, le explicó la situación de Birotteau, le pidió una receta para una poción somnífera, fué él mismo á buscarla, y volvió á pasar la velada á casa de su sobrino. De acuerdo con Cesarina, obligó á César á beber como ellos, y el narcótico durmió al perfumista, el cual despertó catorce horas después en el cuarto de su tío Pillerault, quien se había preparado un catre en el salón de su casa. Cuando Constanza oyó rodar el coche en que su tío Pillerault se llevaba á César, el valor la abandonó. Muchas veces nuestras fuerzas son estimuladas por la necesidad de sostener á un ser más débil que nosotros. La pobre mujer, al verse sola con su hija, lloró como hubiera llorado si César hubiese muerto.

—Mamá—dijo Cesarina sentándose en las rodillas de su madre y haciéndole esas caricias de gata que saben prodigarse las mujeres entre sí.—Tú me has dicho que si yo tenía valor para aceptar nuestra situación, tendrías fuerzas contra la adversidad. No llores, pues, mamá querida, Yo estoy dispuesta á entrar en un almacén y á no pensar más en lo que éramos. Como tú cuando eras joven, seré primera dependiente, y no oirás nunca una queja de mis labios. Tengo una esperanza. ¿No has oído al señor Popinot?

—¡Pobre muchacho! no será yerno mío.

—¡Oh! mamá...

—Será verdaderamente mi hijo.

—Lo único que tiene de bueno la desgracia es que nos enseña á conocer los buenos amigos—dijo Cesarina abrazando á su madre.

Cesarina acabó por suavizar la pena de la pobre mujer desempeñando con ella el papel de madre.

Al día siguiente por la mañana, Constanza se fué á casa del duque de Lenoncourt, que era uno de los primeros hidalgos de la cámara del rey, y dejó allí una carta en la cual le pedía audiencia para una hora fijada. Entre tanto se fué á casa del señor de La Billardiere, le expuso la situación en que colocaba á César la huída del notario, y le rogó que la recomendase al duque á fin de obtener una plaza para Birotteau, el cual sería el cajero más probo.

—El rey acaba de nombrar al conde de Fontaine para una dirección general en el ministerio de su casa y no hay tiempo que perder.

A las dos de la tarde, La Billardiere y Constanza subían la gran escalera del palacio de Lenoncourt, y eran introducidos en el despacho de uno de los hidalgos á quien más hubiese preferido el rey, si es que el rey Luis XVIII hubiese tenido preferencias.

La amable acogida de este gran señor, que pertenecía al pequeño número de los verdaderos hidalgos que el siglo pasado legó á este, dió ciertas esperanzas á la señora de César. La mujer del perfumista se mostró grande y sencilla en medio de su dolor. El dolor ennoblece á las personas más vulgares, pues tiene su grandeza, y para ostentarla basta ser sincero. Constanza era una mujer esencialmente sincera. Se trataba de hablar inmediatamente al rey.

En medio de la conferencia se anunció al señor de Vandenesse y el duque exclamó:

—¡He aquí á su salvador!

La señora Birotteau no era desconocida para este joven, el cual había ido á su casa una ó dos veces á buscar esas bagatelas que suelen ser tan importantes como las grandes cosas. El duque explicó los deseos de La Billardiere. Al saber

la desgracia que hería al ahijado de la marquesa de Uxelles, Vandenesse se fué en el acto con La Billardiere á casa del señor conde de Fontaine, rogando á la señora Birotteau que le esperase.

Al igual que La Billardiere, el señor conde de Fontaine era uno de esos valientes hidalgos de provincias, héroes casi desconocidos que hicieron la guerra de la Vendea, y conocía á Birotteau por haberle visto antaño en *La Reina de las Rosas*. La gente que había derramado su sangre por la causa real gozaba en aquella época de privilegios que el rey mantenía secretos para no asustar á los liberales, y el señor de Fontaine, que era uno de sus favoritos, pasaba por hombre de toda su confianza. El conde no sólo prometió una plaza, sino que se fué á casa del duque de Lenoncourt, á quien rogó que pidiese aquella misma noche, para el señor de La Billardiere, una audiencia al rey, el cual quería entrañablemente á este antiguo diplomático vendeano.

Aquella misma noche también, el señor conde de Fontaine se fué de las Tullerías á casa de la señora Birotteau para decirle que, como no hubiese vacante en la casa real, su marido sería empleado oficialmente con dos mil quinientos francos, en la Caja de amortización.

Este éxito no era más que una parte de la labor de la señora Birotteau. La pobre mujer había ido también á la calle de San Dionisio, al *Gato que pelotea*, á ver á José Lebás. Por el camino encontró en un magnífico coche á la señora Roguín, la cual iba sin duda de compras. Sus miradas y las de la hermosa notaria se cruzaron, y la vergüenza que la mujer feliz no pudo reprimir al ver á la mujer arruinada dió valor á Constanza.

—Nunca arrastraré coche con el bien ajeno —se dijo la perfumista.

Recibida por José Lebás, Constanza le rogó que le procurase una colocación á su hija en alguna respetable casa de comercio. Lebás no prometió nada, pero ocho días después Cesarina tenía comida, albergue y mil escudos anuales en la casa más rica de novedades de París, la cual fundaba un nuevo establecimiento en el barrio de los Italianos. La caja

y el almacén fueron confiados á la hija del perfumista, la cual reemplazaba á los amos de la casa.

Respecto á Constanza, se fué aquel mismo día á casa de Popinot á rogarle que la admitiese en su tienda para llevar la Caja y los libros y ser su ama de llaves. Popinot comprendió que su casa era la única donde la mujer del perfumista podría hallar los respetos y la consideración que merecía, y el noble muchacho se comprometió á mantenerla, darle albergue y tres mil francos al año. Popinot se trasladó á la buhardilla, cediéndole su cuarto á su antigua ama, y, de esta suerte, la hermosa perfumista, después de haber gozado durante un mes de las suntuosidades de su habitación, se vió obligada á habitar el espantoso cuarto donde Gaudissart, Anselmo y Finot habían inaugurado el *Aceite cefálico*.

Quando Molineux, que había sido nombrado agente por el tribunal de comercio, fué á tomar posesión del activo de César Birotteau, Constanza, ayudada por Celestino, hizo el inventario con él, y realizado éste, madre é hija salieron á pie y pobremente vestidas y se fueron á casa de su tío Pillerault sin volver la cabeza, después de haber permanecido en aquella casa la tercera parte de su vida. Silenciosas ambas, se encaminaron á la calle de los Bourdonnais, donde comieron con César por primera vez después de su separación. Triste fué aquella comida. Todos habían tenido tiempo de reflexionar, de medir la extensión de sus obligaciones y de sondar su valor, y los tres estaban en la actitud de marineros dispuestos á luchar con el mal tiempo sin ocultarse el peligro. Birotteau recobró algún valor al saber la solicitud con que algunos personajes le habían procurado un porvenir; pero lloró al saber lo que iba á ser de su hija, y no pudo menos de tender la mano á su mujer al ver el valor con que ésta se disponía á reanudar el trabajo.

El tío Pillerault lloró por primera vez en su vida al ver el cuadro conmovedor que formaban aquellos tres seres queridos y confundidos en medio de un abrazo, después del cual Birotteau, el más abatido y el más débil de los tres, levantó la mano diciendo:

—Esperemos.

—Para economizar, vivirás en mi casa y participarás de mi pan—le dijo el tío.—Hace tiempo que me aburro solo y que ansío reemplazar á aquel pobre muchacho que perdí. De aquí á tu oficina no hay más que un paso.

—Dios de bondad, en medio de la tormenta me consuela el ver que aun hay estrellas que me guían—exclamó Birotteau.

Cuando el desgraciado se resigna, agota su desgracia. La caída de Birotteau quedó desde entonces decidida, y al dar él su consentimiento aviniéndose á ella, recobraba en parte sus fuerzas.

Después de haber hecho quiebra, un comerciante sólo debería ocuparse ya de encontrar un oasis en Francia ó en el extranjero para vivir en él sin mezclarse en nada como un niño que es, pues la ley lo declara menor é incapaz de todo acto legal, civil y cívico. Pero no ocurre nada de esto. Antes de reaparecer, espera obtener un salvoconducto que jamás niegan ningún juez comisario ni acreedor, pues si le encontrasen sin este *exeat*, sería encarcelado, mientras que provisto de esta salvaguardia se pasea como parlamentario por el campo enemigo, no por curiosidad, sino para burlar las malas intenciones de la ley relativas á los quebrados. El efecto de toda ley que atañe á la vida privada es desarrollar prodigiosamente las malas astucias del espíritu. El pensamiento de los quebrados, como el de todos aquellos cuyos intereses están contrarrestados por una ley cualquiera, estriba en anularla, por lo que atañe á él. La situación del muerto civil ó del quebrado es una especie de crisálida, dura unos tres meses, que es el tiempo exigido por las formalidades antes de llegar al congreso donde se firma entre los acreedores y el deudor un tratado de paz, transacción llamada concordato. Esta palabra indica claramente que la concordia reina después de la tempestad originada entre intereses violentamente contrariados.

En vista del balance, el tribunal de comercio nombra inmediatamente un juez comisario que vela por los intereses de la masa de los acreedores desconocidos y debe también proteger al quebrado contra los ataques vejatorios de sus

acreedores irritados; doble papel que sería magnífico de desempeñar si los jueces comisarios tuvieran tiempo para ello. Este juez comisario da á un agente el derecho de intervenir en los fondos, los valores y las mercancías, fiscalizando el activo que arroja el balance, y por fin el escribano convoca junta de acreedores mediante la trompa de los anuncios en todos los periódicos. Los acreedores falsos ó verdaderos tienen derecho á concurrir y á reunirse á fin de nombrar síndicos que reemplazan al agente, se convierten por una ficción de la ley en el quebrado mismo y pueden liquidarlo todo, venderlo todo y transigir con todo si el quebrado no se opone á ello. La mayor parte de las quiebras parisienses cesan al nombrar síndicos provisionales, y he aquí porqué.

El nombramiento de uno ó varios síndicos definitivos es uno de los actos más apasionados á que pueden entregarse los acreedores sedientos de venganza, burlados, chasqueados, afrentados, mareados, robados y engañados. Aunque en general sean los acreedores engañados, robados, mareados, afrentados, chasqueados y burlados, no existe en París ninguna pasión comercial que viva ochenta días. A los ochenta días todos los acreedores, extenuados de cansancio por las marchas y contramarchas que exige una quiebra, duermen al lado de sus excelentes mujercitas. Esto puede servir á los extranjeros para comprender el cómo en Francia lo provisional suele ser definitivo: de mil síndicos provisionales, no hay cinco que lleguen á ser definitivos. La razón de esta abjuración de los odios engendrados por una quiebra va á ser comprendida en seguida. Pero es necesario antes explicar el drama de una quiebra á las gentes que no tienen la dicha de ser negociantes, á fin de hacerles comprender al mismo tiempo cómo constituye en París una de las bromas legales más monstruosas y cómo la quiebra de César iba á ser una enorme excepción.

Este hermoso drama comercial tiene tres actos distintos: el acto del agente, el acto de los síndicos y el acto del concordato. Como todas las piezas teatrales, ofrece un doble espectáculo: hay un ensayo general para el público y sus medios ocultos; hay la representación vista desde la butaca y la repre-